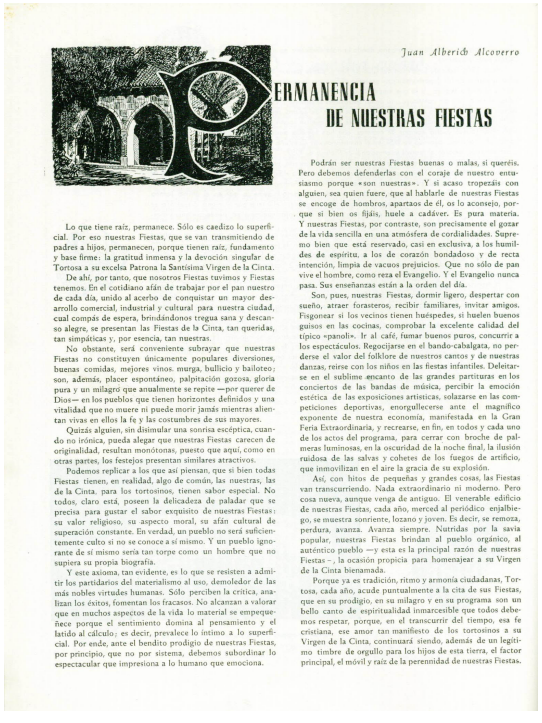
BIBLIOTECA MARCEL LÍ DOMINGO

BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal



Juan Albericb Alcoverro

ERMANENCIA DE NUESTRAS FIESTAS

Lo que tiene raíz, permanece. Sólo es caedizo lo superficial. Por eso nuestras Fiestas, que se van transmitiendo de padres a hijos, permanecen, porque tienen raíz, fundamento y base firme: la gratitud inmensa y la devoción singular de Tortosa a su excelsa Patrona la Santísima Virgen de la Cinta.

De ahí, por tanto, que nosotros Fiestas tuvimos y Fiestas tenemos. En el cotidiano afán de trabajar por el pan nuestro de cada día, unido al acerbo de conquistar un mayor desarrollo comercial, industrial y cultural para nuestra ciudad, cual compás de espera, brindándonos tregua sana y descanso alegre, se presentan las Fiestas de la Cinta, tan queridas, tan simpáticas y, por esencia, tan nuestras.

No obstante, será conveniente subrayar que nuestras Fiestas no constituyen únicamente populares diversiones, buenas comidas, mejores vinos, murga, bullicio y bailoteo; son, además, placer espontáneo, palpitación gozosa, gloria pura y un milagro que anualmente se repite —por querer de Dios— en los pueblos que tienen horizontes definidos y una vitalidad que no muere ni puede morir jamás mientras alienten vivas en ellos la fe y las costumbres de sus mayores.

Quizás alguien, sin disimular una sonrisa escéptica, cuando no irónica, pueda alegar que nuestras Fiestas carecen de originalidad, resultan monótonas, puesto que aquí, como en otras partes, los festejos presentan similares atractivos.

Podemos replicar a los que así piensan, que si bien todas Fiestas tienen, en realidad, algo de común, las nuestras, las de la Cinta, para los tortosinos, tienen sabor especial. No todos, claro está, poseen la delicadeza de paladar que se precisa para gustar el sabor exquisito de nuestras Fiestas; su valor religioso, su aspecto moral, su afán cultural de superación constante. En verdad, un pueblo no será suficientemente culto si no se conoce a sí mismo. Y un pueblo ignorante de sí mismo sería tan torpe como un hombre que no supiera su propia biografía.

Y este axioma, tan evidente, es lo que se resisten a admitir los partidarios del materialismo al uso, demoledor de las más nobles virtudes humanas. Sólo perciben la crítica, analizan los éxitos, fomentan los fracasos. No alcanzan a valorar que en muchos aspectos de la vida lo material se empequeñece porque el sentimiento domina al pensamiento y el latido al cálculo; es decir, prevalece lo íntimo a lo superficial. Por ende, ante el bendito prodigio de nuestras Fiestas, por principio, que no por sistema, debemos subordinar lo espectacular que impresiona a lo humano que emociona.

Podrán ser nuestras Fiestas buenas o malas, si queréis. Pero debemos defenderlas con el coraje de nuestro entusiasmo porque «son nuestras». Y si acaso tropezáis con alguien, sea quien fuere, que al hablarle de nuestras Fiestas se encoge de hombros, apartaos de él, os lo aconsejo, porque si bien os fijáis, huele a cadáver. Es pura materia. Y nuestras Fiestas, por contraste, son precisamente el gozar de la vida sencilla en una atmósfera de cordialidades. Supremo bien que está reservado, casi en exclusiva, a los humildes de espíritu, a los de corazón bondadoso y de recta intención, limpia de vacuos prejuicios. Que no sólo de pan vive el hombre, como reza el Evangelio. Y el Evangelio nunca pasa. Sus enseñanzas están a la orden del día.

Son, pues, nuestras Fiestas, dormir ligero, despertar con sueño, atraer forasteros, recibir familiares, invitar amigos. Fisgonear si los vecinos tienen huéspedes, si huelen buenos guisos en las cocinas, comprobar la excelente calidad del típico «panoli». Ir al café, fumar buenos puros, concurrir a los espectáculos. Regocijarse en el bando-cabalgata, no perderse el valor del folklore de nuestros cantos y de nuestras danzas, reírse con los niños en las fiestas infantiles. Deleitarse en el sublime encanto de las grandes partituras en los conciertos de las bandas de música, percibir la emoción estética de las exposiciones artísticas, solazarse en las competiciones deportivas, enorgullecerse ante el magnífico exponente de nuestra economía, manifestada en la Gran Feria Extraordinaria, y recrearse, en fin, en todos y cada uno de los actos del programa, para cerrar con broche de palmeras luminosas, en la oscuridad de la noche final, la ilusión ruidosa de las salvas y cohetes de los fuegos de artificio, que inmovilizan en el aire la gracia de su explosión.

Así, con hitos de pequeñas y grandes cosas, las Fiestas van transcurriendo. Nada extraordinario ni moderno. Pero cosa nueva, aunque venga de antiguo. El venerable edificio de nuestras Fiestas, cada año, merced al periódico enjalbiego, se muestra sonriente, lozano y joven. Es decir, se remoza, perdura, avanza. Avanza siempre. Nutridas por la savia popular, nuestras Fiestas brindan al pueblo orgánico, al auténtico pueblo —y esta es la principal razón de nuestras Fiestas—, la ocasión propicia para homenajear a su Virgen de la Cinta bienamada.

Porque ya es tradición, ritmo y armonía ciudadanas, Tortosa, cada año, acude puntualmente a la cita de sus Fiestas, que en su prodigio, en su milagro y en su programa son un bello canto de espiritualidad inmarcesible que todos debemos respetar, porque, en el transcurrir del tiempo, esa fe cristiana, ese amor tan manifiesto de los tortosinos a su Virgen de la Cinta, continuará siendo, además de un legítimo timbre de orgullo para los hijos de esta tierra, el factor principal, el móvil y raíz de la perennidad de nuestras Fiestas.

Font: biblioteca.tortosa.cat